

Una relación impredecible

Berta Hiriart

En México hay solamente un centro de apoyo a la mujer dependiente del Estado. Durante los dos años que lleva funcionando, los ojos de muchas mujeres han estado sobre él. En cierto sentido, es un experimento colectivo.

¿Es posible que un proyecto feminista sea apoyado por el Estado sin perder su idea y función originales?, ¿podemos subvertir el orden que nos discrimina desde dentro de sus estructuras? Después de largas discusiones internas y con grupos de otros lugares del país, el Colectivo Feminista de Colima decidió que al menos había que intentarlo.

El sueño de casi todo grupo de mujeres es la creación de un centro de reunión y de apoyo. Digo sueño porque su realización es prácticamente imposible en países como los nuestros, devastados económicamente. Los grupos autónomos —en la mayoría de los casos— no cuentan con recursos propios, y los gobiernos no contemplan como prioritarios los problemas particulares de las mujeres o los enfocan bajo la luz de otros intereses. En algunos casos se puede recurrir a la ayuda de fundaciones internacionales, pero esto tampoco se encuentra al alcance de todas.

Al menos en México hemos presenciado más de una decena de proyectos que se quedan tan sólo en el deseo, o que, en el mejor de los casos, logran concretarse pero que en cuestión de meses se ven truncados.

El Colectivo Feminista de Colima enfrentaba también este panorama, a la vez que detectaba cada día la urgencia de abrir un espacio desde donde las mujeres pudieran hacer frente a la violencia doméstica y

pública. Se encontraron entonces con un azar afortunado: sus denuncias habían sido escuchadas por la gobernadora.

Año y medio después, el Centro de Apoyo a la Mujer (CAM) fue inaugurado como una dependencia de la Procuraduría del Estado pero bajo la dirección del Colectivo.

Desde entonces el CAM ha atendido a 1350 mujeres; de ellas, el 39 por ciento eran víctimas de violencia conyugal, el 19 por ciento sobrecargaban el abandono o la irresponsabilidad de los padres de sus hijos, el 11 por ciento fueron agredidas sexualmente. El resto acudió al Centro solicitando atención médica o psicológica.

Además de esta labor, sin duda necesaria, las integrantes del CAM organizan periódicamente talleres, conferencias y exhibiciones de películas. Saben que para el cambio no basta la tarea asistencial, y aunque el presupuesto y el reglamento —determinados por las autoridades limitan las acciones encaminadas a la toma de conciencia, ellas ingenian modos de hacerlo.

Ya desde la entrada, un cartel invita



a una actitud participativa: "Bienvenida. Por ser una de nuestras usuarias, usted tiene derechos, responsabilidades y poder de decisión en este Centro". Si este ofrecimiento es poco común en las instituciones estatales, mucho más lo es su cabal cumplimiento. En el CAM, sin embargo, es una realidad cotidiana: usuarias y trabajadoras van decidiendo el camino.

También en el interior del equipo, conformado por asalariadas y colaboradoras, el Centro mantiene la estructura democrática del colectivo feminista. Aunque hay una directora que lleva adelante la relación con el gobierno del Estado, la coordinación del CAM es rotativa, incluyendo a las colaboradoras más cercanas.

Así, el experimento de desarrollar un trabajo feminista estrechamente vinculado al Estado ha resultado positivo hasta ahora. El CAM ha gozado de una autonomía relativa, en el marco de la institución en la que se encuentra inserto. Sin embargo, esta libertad ha dependido, en gran parte, de la voluntad de unas autoridades concretas, las cuales en estos días terminaron su período de gobierno.

El segundo aniversario del CAM coincide con el cambio de poderes, y las dudas resurgen irremediamente. El nuevo gobernador, ¿permitirá que el Centro continúe funcionando como lo ha hecho?

Es tradición en México que quien llega al poder quiera sentar su sello propio, suspendiendo muchas veces proyectos valiosos para la sociedad. Esta posibilidad pende como una guillotina sobre toda empresa dependiente del Estado, y amenaza por lo tanto al CAM desde su nacimiento.

Por otro lado, resulta evidente que el Centro de Apoyo a la Mujer ha logrado su calidad gracias al grupo que luchó por su creación y que ha trabajado en él como una realización vital. No sería el mismo con otro equipo que empiece desde cero o que contemple a las mujeres desde otra perspectiva.

Por el momento no queda más que esperar que el nuevo gobierno del Estado de Colima respete el esfuerzo de las fundadoras del CAM; a la larga, sería preciso crear los mecanismos que aseguren el apoyo a estos proyectos, no como un acto de condescendencia por parte de las autoridades sino como un derecho de las mujeres. (ILET-FEMPRESS).